

# De sangre y de sol

Daniel Rodríguez Barrón

“La tierra entera es sólo un enorme altar sobre el que todo lo viviente debe ser perennemente sacrificado, sin medida, sin pausa, hasta la final consumación, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte”, esta opinión gnóstica del joven Joseph de Maistre forma parte de ese terrible conocimiento secreto que pone en juego el más reciente ensayo de Sergio González Rodríguez, *De sangre y de sol*, donde a través de símbolos universales como el corazón, el pentagrama, la sangre y la serpiente, y de las ideas de artistas, filósofos y científicos como D.H. Lawrence, José Vasconcelos, René Guénon o John Whiteside Parsons, el autor va en busca del “saber hermético, jerárquico e iniciático inscrito a través de los siglos”, que sedujo a estos hombres y que, en ciertos casos, dio como resultado una filiación a los movimientos fascistas de su época, y en otros, en cambio, como aquéllos que participaron en el Círculo de Eranos, entre los que se encontraban Carl Gustav Jung, permitió “un encuentro o prolongación de un pensamiento en torno a lo sagrado”.

Lo sagrado es un secreto que mancha de sangre a unos y consagra a otros. Ese secreto sólo puede existir dentro de un grupo de iniciados, de otra forma el secreto dejaría de ser una revelación para convertirse en un saber práctico, en una mera técnica; este saber legitima al grupo de iniciados para crear una diferencia entre el grupo mismo y los que no pertenecen a él, entre los que saben y los que no, entre ellos y los otros. Existen dos implicaciones que surgen de esa idea, por un lado, que bajo todo poder subyace un acto sangriento, un ejercicio violento que cohesiona al grupo mismo y le da poder; y por el otro, la sugerencia de que el resto, aquéllos que no pertenecen al grupo,

se convierten en una sociedad de ilotas, es decir, en un cuerpo de víctimas.

Pero, ¿cómo es que la intención de *conocer*, de acercarse a los misterios eternos puede llegar a transformarse en un saber criminal? La respuesta no puede ser unívoca. Y es aquí donde González Rodríguez muestra todo el rango de su inteligencia, no sólo proponiendo a lo largo del libro diversas conjeturas, (los ensayos son para proponer, para buscar y jugar, no para cancelar un tema) sino va más allá, pues tanto sus ensayos como su narrativa tienen, desde mi punto de vista, la voluntad de responder a este mismo planteamiento.

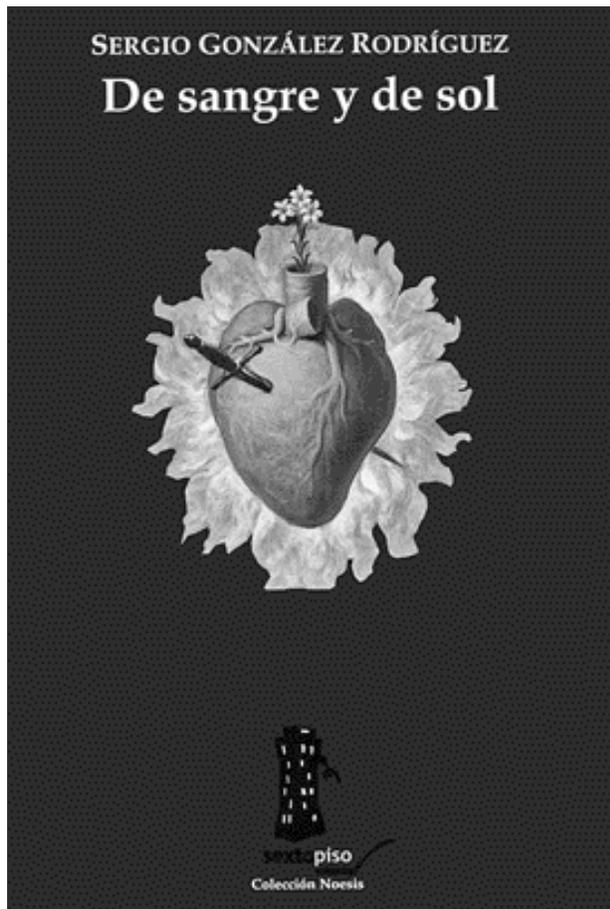
De sangre y de sol podrían llamarse sus obras conjuntas. Desde *Los bajos fondos*, González Rodríguez se ha interesado por las entrañas de la sociedad, por su envés. Por ejemplo, en un texto para el Festival de México en el Centro Histórico, González Rodríguez dice:

La fascinación que emite el Centro Histórico de la Ciudad de México proviene de un misterio: el rito de la sangre derramada sobre la que se funda su poderoso impulso constructor. (...) nunca dejó de estar presente en el Centro Histórico el corazón que hablaba de su origen y destino telúricos. En el mundo náhuatl, aquélla era una palabra clave: por ejemplo, tanto el dios como el cielo, la montaña, el lago o, por extensión, lo fabricado por la mano del hombre, tenían un corazón —Yóllotl— en el que residía lo vital, el impulso humano.

En la novela *La noche oculta* (1990), González Rodríguez va en busca de los mismos temas que en *De sangre y de sol*: el asesinato ritualizado, las relaciones entre el nazismo y México, las sesiones espiritistas, el saber eso-

térico relacionado con el crimen sexual y, desde luego, la visita de D.H. Lawrence a México; de hecho muchas páginas sobre este último tema se encuentran en ambos libros como si se tratara, más que de una repetición y más que de un mero eco, de un sello de agua que fluye desde sus publicaciones más tempranas. En *El centauro en el paisaje* (1992) ya se encuentra el Vasconcelos de la “exaltación dionisiaca y nietzscheana”, además de nazis, fascistas y “criminales legendarios” como Jack el destripador. ¿Acaso es una sorpresa que años más tarde, González Rodríguez se interesara por los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez?

Los detractores de *Huesos en el desierto*, aseguran que hay una gota de literatura en ese estudio periodístico. Lo que sucede es que, de la misma forma en que García Lorca observa que: “Debajo de las multiplicaciones / hay una gota de sangre de pato. / Debajo de las divisiones / hay una gota de sangre de marinero. / Debajo de las sumas, un río de sangre tierna”, González Rodríguez no se queda en la superficie, allí donde los crímenes se vuelven estadísticas y la justicia un interminable papeleo, bucea en el interior de la conciencia social, donde la realidad no se termina pero se transforma y sus raíces avanzan (o retroceden, vaya usted a saber) más allá del presente. González Rodríguez fue a Ciudad Juárez como D.H. Lawrence vino a la Ciudad de México: a descubrir ese lugar maligno y bárbaro, ese México profundo que mantiene su poder a través del sacrificio. Cuando acaben esos crímenes y el libro pierda toda connotación periodística, *Huesos en el desierto* se leerá como debe leerse: como un libro donde se explora la metafísica del crimen, y entrará a formar parte, ya sin ninguneos entre géneros literarios, del conjunto de su obra.



Que el poder tiene pasadizos ocultos y lo sostiene un grupo de iniciados, ya fue señalado por Platón y ejercido por los “Guardianes” de su República —una versión arcaica y augusta de lo que González Rodríguez llama en su más reciente novela la “pandilla cósmica”—; bajo el mismo perfil, en los tiempos actuales, *Masa y poder* de Canetti ha desmenuzado la fenomenología del poder; y en la *Ruina de Kash*, Roberto Calasso ha hablado del sacrificio y sus relaciones con el poder desde el nacimiento de la civilización hasta nuestros días. Lo que ofrece *De sangre y de soles*, por una parte, el acento mexicano, que no nacionalista, pues lo muestra sin énfasis y a la altura de cualquier otro momento cultural: como la filiación pronazi de José Vasconcelos y del doctor Atl; los ritos solares que tanto Zelia Nuttall como Octavio Paz reconocieron en la casa donde vivieron en distintas épocas, la Casa de Alvarado, que pertene-

ció originalmente al conquistador a quien los naturales confundieron precisamente con Tonatiuh; o los viajes a México que hicieron Lawrence, el mago Aleister Crowley y Madame Blavatsky.

Pero, tal vez lo más interesante, sea que González Rodríguez ubica la tensión entre la comunidad secreta y la sociedad, entre el *volkgeist* y la *civilisation*, entre la conciencia de raza y la ciudadanía, no tanto en las naciones y sus tradiciones literarias o mitológicas, sino en lo más profundo de cada individuo; la reacción antidemocrática y antiliberal, no parece necesitar de estandartes y ejércitos, más bien nace entre “las extensiones paródicas de algún sueño, de alguna clandestinidad, esperanza o desaliento *íntimo* que laten desde una zona siempre más cercana a lo inexpresable, por comprometedor o transparente, por indicativa de un devenir” (el subrayado es mío). Allí donde encontramos lo sagrado, que puede ser lo mismo “una li-

bería de viejo”, “un hotel de parejas” o una “papelería de barrio”, allí también pueden fraguarse “la pesadilla del daño y la violencia alevosa”.

Mientras que en los estudios de Canetti o de Calasso se presenta la idea pura, en abstracto, y permite la posibilidad de no sentirnos necesariamente comprometidos, la obra de González Rodríguez, en cambio, nos recuerda que el fascinante fascismo es una tentación individual y perpetua, contra la cual no parece haber triunfo definitivo, sino un constante oponerse, un arduo trabajo de escepticismo, de autocritica y de enfático rechazo contra la injusticia y la irracionalidad. **U**

---

Sergio González Rodríguez, *De sangre y de sol*, Colección Noesis, Sexto Piso, México, 2006, 138 pp.